

de Belvedere. Humboldt concluyó que, a diferencia de lo que Plinio expuso al momento de describir el Laocoonte, ésta no había sido esculpida a partir de un bloque sino de cinco.

El séptimo capítulo («Entre ancien et nouveau monde: l'Amérique à Rome») relata el acercamiento de este viajero a algunos fragmentos de obras de las civilizaciones incas y aztecas halladas en Roma, y cómo Humboldt solicitó a algunos artistas romanos la reproducción de tres «pinturas mexicanas» (códices) depositadas en las colecciones vaticanas.

En conclusión, pese a la extensísima literatura dedicada a Humboldt, este libro ofrece información novedosa y llamativa con el rigor que puede esperarse de una docente e investigadora con la experiencia de Marie-Noëlle Bourguet. La historiadora consigue relacionar con éxito prácticas de viaje y formas de escritura con la construcción de ciencia, además de mostrarnos cómo el joven Humboldt, que recorrió el Nuevo Mundo deslumbrado por la naturaleza que observaba, logró dejar a un lado el goce ingenuo de la contemplación y pasar al conocimiento preciso de los fenómenos que le permitiría publicar en 1845 el primer tomo de su *Cosmos*. ■

**Natalia Andrea Ramírez-León**

Universitat Autònoma de Barcelona  
orcid.org/0000-0003-3957-9550

■ **Luis Ángel Sánchez Gómez. La niña. Tragedia y leyenda de la hija del Doctor Velasco.** Sevilla: Editorial Renacimiento; 2017, 248 p. ISBN 9788416981571. 17 €

Hace ya unos años que el antropólogo Sánchez Gómez ha centrado su mirada en ese espacio de ciencia singular que es el Museo Nacional de Antropología, en Madrid. Así, una parte de su investigación le llevó a publicar diversos artículos sobre las colecciones antropológicas y etnográficas de la España colonial de las décadas de 1860 a 1930. En los últimos años, se ha fijado en el artifice de esa casa y ahora se enfrenta a unos hechos que no nos eran del todo desconocidos. Sin embargo, esta investigación explora todas las posibilidades heurísticas e interpretativas de la *historia de amor paternal* protagonizada por el médico Pedro

González Velasco, como agente obsesivo, y, de manera pasiva, por su hija Conchita, entre las décadas de 1860 y 1880.

Hasta ahora se habían vertido cantidades de tinta sobre el doble caso del doctor Velasco y de Conchita, pero la indagación había sido parcial o bien se había visto sometida a la influencia mistificadora de las recreaciones literarias desarrolladas desde los años 1920. En el libro *La niña*, mediante un lenguaje ágil, una narración fluida y una estructura formal rigurosa, pero alejada del corsé académico —sirvan como ejemplo el sucinto aparato crítico o la ausencia de bibliografía final—, se ponen los medios para ofrecer una lectura contextualizada de aquellos hechos.

El libro se articula en torno a tres ámbitos que tienen como objetivo principal levantar las capas que han permitido la construcción de una leyenda: el paseo y exhibición de la momia de Conchita por determinados lugares de Madrid. Se trata de un tema controvertido sobre el que el turismo extractivo que caracteriza a algunas ciudades españolas en la actualidad ha apostado como parte del negocio de las rutas urbanas. Una apuesta cimentada en la consolidación de un conjunto de falsedades que se han ido repitiendo y que han acabado configurando un relato con gancho, un cuento que vende. En el aderezo de las medias verdades, entonces como ahora, se fabrican productos que tan sólo necesitan el concurso de los medios de comunicación de masas para multiplicar su éxito. Aquí, la ausencia de registros históricos, junto a la sorpresa que producen determinados objetos, facilita el desarrollo de la imaginación interpretativa. Y así tienen lugar nuevas invenciones, entre las expectativas generadas, la ignorancia y la mistificación de los hechos.

Con el fin de poder entender cómo se produjo el embalsamamiento del cadáver de Conchita (1864), el autor reconstruye, en primer lugar, el mundo de la anatomía académica en el Madrid de mediados del siglo XIX de la mano de Velasco. Baste recordar aquí su relevancia en el panorama médico de aquel momento. Defensor público de los valores cívicos del republicanismo, de una idea de ciencia como motor de progreso y de un materialismo filosófico, Velasco fue víctima de las contradicciones y de las luchas políticas y religiosas por afianzar una posición social en la capital y corte del país. En este punto, se pone de manifiesto el peso decisivo de la anatomía en la construcción del cuerpo humano y de la medicina universitaria, liberal, burguesa y ciudadana. Una anatomía entendida como ciencia museológica, fabricada a partir de una materialidad diversa, que apenas ha sido estudiada para el conjunto español.

El autor presenta esa cultura recorriendo los espacios de ciencia transitados por Velasco: los museos de anatomía, el universitario (1857) y sus tres domésticos

de la calle de Atocha, inaugurados sucesivamente en 1854, 1864 y 1875 (este último es el actual Museo Nacional de Antropología). Y también los objetos que integraron aquellas colecciones, que manifiestan unas prácticas entre la disección y el modelado, una diversidad propia de la construcción de la normalidad de la ciencia metropolitana y un negocio basado en la enseñanza particular, la ejecución de vaciados en yeso y el arte de embalsamar. En este contexto, se creó la Sociedad Antropológica Española (1865), liderada por Velasco, en un período de definición de contenidos disciplinares.

Apenas ha quedado información sobre el funcionamiento cotidiano de esos museos, tan solo documentación dispersa en revistas y libros, dificultando así una comprensión satisfactoria de los usos de las colecciones. No obstante, estas fuentes ponen de manifiesto la exhaustividad de aquellas, la política de adquisiciones y de donaciones, la configuración de la mentalidad obsesiva del coleccionista. Tras la muerte de Velasco (1882), su viuda vendió la colección al Estado (1888), que lo repartió entre las facultades y los museos de diversas ciudades españolas en los años siguientes. Previamente, se había realizado un inventario, documento que nos permite entender la organización de cada una de las estancias, la disposición de las piezas y el régimen de exhibición al que eran sometidas aquellas colecciones.

El segundo ámbito de libro, tal vez el más largo en número de páginas y en la cronología analizada, lleva a Sánchez Gómez a revisar cómo se construyó la leyenda de unos hechos, insólitos pero simples: el fracaso médico de Velasco en la muerte de su hija adolescente (1864), el inmediato embalsamamiento del cuerpo, su exhumación y traslado al museo recién inaugurado (1875), la momificación del cadáver y su conversión en una muñeca doméstica, vestida y adecentada, pero nunca exhibida al público, y su posterior entierro en el cementerio de San Isidro (1886) al poco de morir el padre.

En una sociedad urbana diferente, cuatro décadas después de estos sucesos, arranca una leyenda que se configura en la esfera pública gracias a la banalización y a la espectacularización fomentada por los poderosos medios de comunicación de masas, consolidada en las décadas siguientes gracias al reino de la confusión, al ejercicio de la repetición y al abandono de prácticas como la verificación de datos. Es el combate sobre quién y cómo se construye la realidad. En medio de este lío aparecen otros personajes: una momia que suplanta sin quererlo la identidad de Conchita; catedráticos de anatomía confusos; periodistas de todo pelaje; escritores reputados como Ramón Gómez de la Serna y, sobre todo, Ramón J. Sender, que ficciona el caso, crea nuevos personajes, construye un drama psicológico y lo proyecta al público desde 1960, en ediciones consecutivas

de *La hija del doctor Velasco*; guionistas y productores de cine; así hasta el siglo XXI, cuando la patraña reaparece en el *Cuarto Milenio* televisivo de Iker Jiménez y en las rutas turísticas de las guías urbanas de Madrid. Pero no queda ahí el asunto, Sánchez Gómez intenta desbaratar algunas de las interpretaciones académicas que se han hecho en este siglo XXI bajo ópticas diversas, como modelo de estudio en clave patológica o como paradigma de dominación patriarcal, ya que se fundamentan solamente en las fuentes literarias.

Como conclusión, Sánchez Gómez elabora dos capítulos finales destinados a intentar entender, por un lado, el caso de Conchita en el contexto histórico de los embalsamamientos y, por el otro, la conducta de Velasco ante semejantes hechos. El primero de los capítulos contiene los mimbres de lo que podría ser la historia de embalsamadores, taxidermistas y naturalizadores de cadáveres en la España contemporánea. Un asunto complejo que implica a su vez una buena historia de las exposiciones internacionales itinerantes, que contribuyeron a la construcción de la normalidad y de la otredad abyecta desde las ópticas de clase, raza, género, lengua, latitud, etc. Un mundo, banalizado, en absoluto alejado de nuestra contemporaneidad: basta recordar al negro de Bañolas o a los chinos *plastinados* por Von Hagen. El segundo capítulo final, por su parte, lleva al autor a argumentar una defensa de la conducta de Velasco en este asunto en términos de su amor paternal, de su *savoir faire* en la química del embalsamamiento y del *laissez-faire* de aquella sociedad. ■

**Alfons Zarzoso**

Museu d'Història de la Medicina de Catalunya

[orcid.org/0000-0003-1263-0571](https://orcid.org/0000-0003-1263-0571)

■ **Samuel J. Redman. Bone Rooms, from Scientific Racism to Human Prehistory in Museums.** Cambridge, Mass.: Harvard University Press; 2016, 408 p. ISBN 9780674660410. 27 €

Empezaremos con una historia. 1911, tras años sin noticia de «salvajes», un indio de los Yahi apareció de la nada cerca de Oroville, California. Después de pasar por prisión, Ishi (simplemente «hombre» en un idioma nativo) fue a parar al Museo de Antropología de la Universidad de Berkeley. Allí tuvo amigos e intereses, y también fue estudiado y exhibido como «el último salvaje», hasta que en 1916